

UN RETRATO DE BALBINO EN ITALICA

J. M. Luzón Nogué

Al tiempo que hacíamos excavaciones arqueológicas en Itálica, durante la primavera y verano de 1970, nos empeñamos en la tarea de explorar minuciosamente el pueblo de Santiponce y sus alrededores. Muchas veces fuimos acogidos con recelo y resultó difícil anotar en nuestro diario algún dato útil para las futuras campañas. Pero no fue así en el Monasterio de San Isidoro del Campo. Allí se nos abrieron las puertas de la clausura, se pusieron a nuestra disposición todos los documentos existentes y se nos facilitó acceso a los más inverosímiles rincones del edificio. Agradecemos realmente esta cooperación, que, como era de esperar, tuvo la compensación de unos excelentes resultados.

Los monjes de San Isidoro del Campo, tan vecinos a las ruinas de la antigua ciudad —unos doscientos metros fuera del perímetro de la muralla—, no vivieron nunca totalmente desentendidos de aquellos restos antiguos, siempre visibles. El anfiteatro; el llamado «Templo de Diana» (bien conservado hasta el terremoto de 1755), y la «Armería de Trajano»,¹ con sus imponentes bóvedas, despertaron la curiosidad de aquellos monjes jerónimos. En muchas ocasiones, se hicieron auténticos expolios para construir dependencias del mismo monasterio. Una lápida que puede hoy leerse en la fachada posterior de un anejo al convento, habilitado para fábrica de cer-

1. Estos nombres con que el pueblo designaba a algunos monumentos, aparecen frecuentemente en la bibliografía antigua. Cfr. J. Matute y Gaviria, *Bosquejo de Itálica*, Sevilla, 1827.

veza, recuerda que la piedra utilizada procede de los antiguos edificios de Itálica :

LATENTIA ATQUE DISPERSA SUPERVAE ILLIVS
ITALICAE RUDERA HINC SUFFOSSA INDE
COLLECTA HANC AEDEM DEO VNICE IUVANTE
A FUNDAMENTIS REFFECERVNT AB AN
MDCCXC AD AN MDCCXCII
JOSEPHO SUAREZ ARCHITECTO

Este empleo de materiales fue corriente durante mucho tiempo, hasta el extremo de que un viajero del siglo XVIII comenta con cierto grado de indignación : «Los monjes de San Gerónimo, que son señores del lugar, han aserrado y hecho quadritos para enlosar el Presbiterio, varias columnas de hermosísimo jaspe de diversos colores». ²

Pero junto al paulatino despojo que durante siglos sufrieron los antiguos edificios, también en el seno de la comunidad existieron monjes que se preocuparon por conservar y estudiar las cenizas de aquella Itálica. Uno de ellos, el P. Ceballos, escribió a fines del siglo XVIII la primera historia de la ciudad romana, en la que da abundantes e interesantísimas noticias arqueológicas sobre el estado de algunas ruinas y edificios, que hoy han desaparecido totalmente. ³ Prueba de un cierto interés arqueológico son las excavaciones que, al parecer, se hicieron en las termas de Los Palacios. Una enorme columna a la entrada de la iglesia recuerda hoy, con una inscripción moderna, aquellos trabajos de rebusca de antigüedades.

Probablemente fue el mismo padre Ceballos quien inculcó, con su amor a Itálica y su historia manuscrita, un nuevo espíritu de veneración hacia los restos antiguos en el seno de la comunidad. Sólo así pudo salvarse y llegar hasta nosotros el magnífico retrato romano que vamos a describir y estudiar.

El hallazgo —podemos hablar de hallazgo sin embarazo— tuvo lugar en el mes de julio, cuando, para hacer fotografías del claustro, anduvimos por las azoteas y tejados del monasterio. Desde

2. S. Sánchez Sobrino, *Viaje topográfico*, Granada, 1774, pág. 70.

3. F. Zavallos, *La Itálica*, Sevilla, 1886 (el manuscrito es de fines del siglo XVIII y fue editado posteriormente por la Sociedad de Bibliófilos Sevillanos).

allí pudimos ver, empotradas en la espadaña de la iglesia, dos cabezas de mármol, que desde la calle eran imposibles de apreciar y desde la parte baja del claustro pasaban —han pasado durante doscientos años— totalmente inadvertidas.⁴

El lugar en que las dos cabezas estaban empotradas impidió, por algunos días, que pudiéramos acercarnos a ellas. Las examinamos con potentes prismáticos, hicimos fotografías con teleobjetivo y, cuando estuvimos seguros de su autenticidad e importancia, decidimos dar los pasos necesarios para su extracción.⁵ Se montó un andamiaje al que subimos con el arquitecto Alfonso Jiménez y dos obreros especializados. No se trataba únicamente de extraer las cabezas sin dañarlas; pretendíamos ver, en la medida de lo posible, cuándo y cómo fueron colocadas allí. La primera operación consistió en picar suavemente el enlucido moderno de una restauración reciente en la pared. Gracias a ello, pudimos ver que las dos cabezas ocupaban el centro de sendos medallones ovalados que tuvieron en su día una decoración de círculos menores. Este enmarque las haría más visibles a distancia. Después de picar nuevamente la moldura, quedó al descubierto la construcción de ladrillo, y fue posible apreciar que los huecos en que iban las dos cabezas habían sido hechos intencionadamente en forma de caja, al tiempo que se construyó la espadaña. De este modo se fechaba su colocación a fines del siglo XVIII.⁶

Las dos piezas, que se hallan hoy expuestas en el Museo Arqueológico de Sevilla, son de estilo muy distinto: una sigue claramente un prototipo griego, quizá del siglo IV a. C.; la otra, es un retrato romano del siglo III. En ésta vamos a fijar nuestra atención.

Es un retrato en mármol blanco, de espejuelo grueso (Láms. XIX, XX y XXI, figs. 1, 3 y 5). La rotura del cuello hace pensar que la talla fue hecha a partir de un bloque único con el cuerpo. Quizá se trate de

4. Solamente una brevísimas alusión hemos encontrado en A. Gali Lassaletta, *Historia de Itálica, municipio y colonia romana*, Sevilla, 1862, donde se citan dos «cabezas romanas» en la espadaña de San Isidoro.

5. En este sentido, tenemos que agradecer la eficaz colaboración del arquitecto Rafael Manzano, encargado en esas fechas de la restauración del convento. Fueron también decisivas las gestiones del Consejero Provincial de Bellas Artes, José María Benjumea, quien apoyó desde un principio con gran entusiasmo nuestra idea de recuperar estas dos piezas.

6. El estilo de la espadaña responde a esta época, y la campana lleva un inscripción que la fecha en 1794.

una estatua *loricata*. Mide, desde la base rota del cuello hasta la parte alta de la cabeza, 30 cm., y desde la barbilla, 24 cm. Se trata por tanto, de una figura de tamaño natural. Los únicos desperfectos que se observan son una pequeña rotura en la parte posterior de la cabeza y la falta de la nariz. Esta ha sido tallada en chaflán para una restauración que seguramente tuvo lugar en el siglo XVIII, al momento de ser empotrada en el lugar en que la encontramos. La misma restauración de la nariz presenta la otra cabeza que le hacía pareja.⁷ Afortunadamente, el arreglo de las dos piezas es muy discreto. Posiblemente se limitó a añadirle la nariz (hoy perdida) y darle unos retoques en las pupilas. Estas fueron trabajadas de forma idéntica en las dos cabezas, a la manera de dos puntos profundos hechos con el trépano.

Representa a un hombre de edad avanzada, con rasgos acusados de retrato y sin aparente intención idealizadora. Es una cabeza redonda, maciza, de pelo muy corto, tallado a cinceladas impresionistas; dos arrugas horizontales en la frente y dos verticales en el entrecejo; ojos de mirada tranquila y agradable; boca cerrada, de labios blandos, barba y bigote unidos, y de pelo muy corto; cuello abultado; mejillas carnosas, y piel poco tersa debido a la edad. Las orejas, bien proporcionadas, aparecen muy pegadas a la cabeza. En el perfil se hace más patente la redondez de su contorno y una papada en el cuello (Láms. XX y XXI, figs. 3 y 5), que el artista no ha intentado en absoluto disimular.

La talla es muy buena, pero hay que tener en cuenta la restauración a que antes hemos aludido, así como el deterioro que puede haberle supuesto la exposición a la intemperie durante dos siglos. En la otra cabeza que había junto a ésta, se ve con mayor claridad que la erosión del tiempo ha rebajado casi un milímetro la epidermis antigua. La parte empotrada, desde las orejas hasta la nuca, conserva mucho mejor la calidad originaria de la talla, pero es de advertir que el escultor se limitó aquí a esbozar su obra. Probablemente, estuvo en un nicho o tuvo detrás una pared.

La comparación de su perfil con las monedas, hace indiscutible la identificación de este retrato con *D. Caelius Calvinus Balbinus*,

7. Se trata de una cabeza de Dyonisos.

emperador en el año 238 d. C. En la iconografía monetar de Balbino hay unos rasgos muy característicos que encontramos repetidos en nuestro retrato.⁸ Su cabeza es redonda, de pelo muy corto, con pequeñas entradas en la frente y dos arrugas horizontales. También son muy visibles y típicas las bolsas debajo de los ojos. La nariz en las monedas tiende a ser recta, pero falta en el retrato de Itálica, como se ha dicho anteriormente. El labio inferior es casi imperceptiblemente más abultado que el superior, dando así a la boca una sensualidad que está de acuerdo con el espíritu de nuestro personaje. La papada, por último, es otro detalle que individualiza el perfil de Balbino en las monedas. La uniformidad con que encontramos estos rasgos, no dejan lugar a dudas de que en la numismática tenemos un retrato fiel del emperador.

Sobre la base de la iconografía monetar y el estilo se han propuesto como de Balbino varios retratos.⁹ Algunos —los menos—, no ofrecen lugar a dudas. Otros son de identificación problemática. Por último, existen retratos atribuidos a este emperador, cuya aceptación es totalmente inadmisibile. No queremos entrar en la polémica, por no delatar nuestro escepticismo ante la mayoría de los retratos incluidos en la lista. Por ello, vamos a limitar nuestro análisis a la comparación con los dos «Balbinos» que, en nuestra opinión, son indiscutibles: el del Pireo¹⁰ (Lám. XXII, figs. 8 y 10) y el que encontramos tres veces en el famoso sarcófago de las catacumbas del Pretextato.¹¹ Pero antes adelantemos algunos detalles sobre su personalidad, ya que en las esculturas, mejor que en las monedas, el artista habrá logrado captar el alma del personaje.

Balbino pertenecía a una noble y aristocrática familia romana.

8. R. Delbrueck, *Die Münzbildnisse von Maximinus bis Carinus*, Berlín, 1940, pág. 69, lámina 2C; J. J. Bernoulli, *Römische Ikonographie*, Berlín, 1894, lámina de monedas III-18; B. M. Felletti Maj, *Iconografía romana imperial da Severo Alessandro a M. Aurelio Carino*, Roma, 1958, pág. 140, lám. XIII, 44-46; A. Gräfin von Schlieffen, «Eine römische Kaiserstatue im Piraeus-Museum», *OJh*, 1935, pág. 102, fig. 44.

9. L. Caskey, *Catalogue of Greek and Roman Sculpture in the Museum of Fine Arts*, Cambridge (Ma.), 1925, pág. 226, n.º 134; M. Gütschow, «Das Museum der Präetextat-Katakombe», *Mem. Pont. Acc. Arch.*, Serie III, vol. IV, 1938, pág. 84 y ss.; H. P. L'Orange, *Studien zur Geschichte des Spätantiken Porträts*, Oslo, 1933, pág. 97; A. Gräafing von Schlieffen, «Eine römische Kaiserstatue im Piraeus-Museum», *OJh*, 1935, pág. 97 y ss.; B. M. Felletti Maj, *Iconografía romana imperial da Severo Alessandro a M. Aurelio Carino*, Roma, 1958, págs. 140-146, láms. XIII-XV; H. Jucker, «Die Behauptung des Balbinus», *Arch Anz.*, 1966, 501 y ss.; V. Scrinari, *Enciclopedia dell'Arte Antica*, I, pág. 964 s.v. *Balbino*.

10. A. Gräfin von Schlieffen, *op cit.*, láms. IV-V.

11. M. Gütschow, *op. cit.*, pág. 84 y ss., láms. X-XI-XII.

El mismo se decía descendiente de los *Cornelii Balbi*, de Cádiz (*H. A. Max et Bal.* XXI-7-1). Para Gütschow, la estructura de su bien construida cabeza, es precisamente la herencia de su vieja estirpe.¹² Fue nombrado emperador a los 60 años, junto con Pupieno, posiblemente por la fama de hombre templado y buen organizador de que gozaba (*H. A. Max. et Bal.* XXI-2-7). Era corpulento y bonachón, bien instruido en las letras¹³ y, como advierte Gütschow, de carácter blando;¹⁴ por eso no supo negarse a la más alta magistratura en un momento en que el puesto ofrecía más riesgos que seguridades. Todos esos aspectos de su carácter se transparentan en los dos retratos antes citados, así como en el de Itálica.

El perfil de la cabeza de Itálica es exactamente el mismo que tenemos en la tapa del sarcófago (Láms. XX y XXI, figs. 4 y 6). La frente, la boca, la barbilla y el contorno de la cabeza son idénticos y responden probablemente a un mismo modelo. Solamente unas pequeñas diferencias estilísticas apartan nuestro retrato del de Roma. Por un lado las cejas no aparecen marcadas y las pupilas están trabajadas de otra manera. Esto, a nuestro juicio, se debe a la ligera restauración de que fue objeto en el siglo XVIII, más que al hecho de encuadrarse en una escuela provincial. Señalemos que, al retocar el dibujo de los ojos, no se ha perdido el contorno del la criminal, que vemos siempre en los retratos de Balbino.

Un detalle característico en las cabezas del sarcófago de Roma, es el remolino de pelo en las sienes,¹⁵ que L'Orange precisa como propio de la década comprendida entre el 240 y el 250.¹⁶ Esto puede

12. M. Gütschow, *op. cit.*, pág. 84.

13. *H. A. Max. et Balb.* XXI-2-7 *Maximum igitur atque Balbinum, quorum unus in re militari tantus est, ut novilitatem generis splendore virtutis evexerit, alter ita clarus nobilitate est, ut et morum lenitate rei pi. Sit necessarius et vitae sanctimoniae quam a prima aetate in studiis semper ac litteris tenuit.* Y más adelante, XXI-7-1: *Balbinus nobilissimus et iterum consul, rector provinciarum infinitarum. Nam et Asiam et Africam et Bithyniam et Galatiam et Pontum et Thracias et Gallias civilibus administrationibus rexerat, ducto nonnumquam exercitu, sed rebus bellicis minor fuerat quam in civilibus; attamen bonitate, nimia sanctitate ac verecundia ingentem sibi amorem conlocaverat. Familiae vetustissimae, ut ipse dicebat, a Balbo Cornelio Theofane originem ducens, qui per Gnaeum Pompeium civitatem muruerat, cum esset suae patriae nobilissimus idemque historiae scriptor. Statura aequae procerus, corporis qualitate conspicuus, in voluptatibus nimius. Quem quidem adiuvabat divitiarum (h)abundantia, nam erat a maioribus dives et multa hereditatibus per se ipse collegerat. Eloquentia clarus, poemate inter sui temporis poetas praecipuus. Vini, cibi, rei Veneriae avidus, vestitu cultus, nec quicquam defuit...*

14. M. Gütschow, *op. cit.*, pág. 84.

15. H. Jucker, «Die Behauptung des Balbinus», *Arch. Anz.*, 1966, pág. 502.

16. H. P. L'Orange, *Studien zur Geschichte des Spätantiken Porträats*, Oslo, 1933, pág. 4 y ss.

deberse, como nos dice Jucker,¹⁷ al alejamiento de Itálica con respecto a los talleres de Roma. Pero otra posible explicación radicaría en la distinta fecha en que ambos retratos fueron tallados. El de Itálica es, casi con seguridad, del año 238, por las razones históricas que desarrollaremos más adelante, mientras que el sarcófago de las catacumbas del Pretextato, hecho después de la muerte del emperador, se fecha algo más tarde.¹⁸

El retrato del Pireo representa al emperador idealizado, pero con los rasgos esenciales de su fisonomía.¹⁹ El cuello robusto, la papada, las orejas pegadas a la cabeza, las arrugas de la frente y el entrecejo, y las suaves entradas en el pelo, no faltan en la versión griega idealizada de este retrato de Balbino (Lám. XXII, figs. 8 y 10). El contorno de la boca tiene un clarísimo paralelo en la cabeza de Cleveland, perteneciente a la estatua loricada de la parte baja del sarcófago.²⁰ El labio inferior y la barbilla están trabajados de la misma forma, y los encontramos nuevamente iguales en el retrato de Itálica. Es un labio blando, suavemente vuelto hacia afuera, y con la porción inferior afeitada hasta la barbilla. Así lo tenemos en todos los retratos, pero quizá estos dos sean los mejores ejemplos y paralelos con el nuestro.

El hecho de que una cabeza de Balbino aparezca en esta pequeña ciudad de la Bética, tiene una importancia decisiva para la historia de la ciudad. Parece increíble que los terratenientes aburguesados de una ciudad agrícola en el Valle del Guadalquivir, se apresurasen a dedicar una estatua a este emperador que sólo duró en el poder 99 días. Resumamos brevemente los acontecimientos políticos del año 238, antes de intentar aclarar esta cuestión.

Este año fue uno de los más turbulentos en la azarosa historia del siglo III. Desde el 235 estaba en el poder un emperador de origen bárbaro, Maximino el Tracio, que había sido aclamado por sus soldados. La vieja tradición romana no aceptaba de grado a este

17. H. Jucker, que ha tenido la amabilidad de responder a nuestras consultas, no considera este detalle decisivo en el retrato de Itálica.

18. M. Gütschow, *op. cit.*, págs. 100 y 106.

19. A. Gräfin von Schlieffen, *op. cit.*, láms. V-VI.

20. Esta cabeza faltaba en la restauración del sarcófago hecho por Gütschow en 1933. Había ingresado años antes (1925) en el Museo de Cleveland, y Jucker ha tenido recientemente el acierto de identificarla. *Arch. Anz.*, 1966, figs. 1-3.

extranjero, y mucho menos cuando empleó su fuerza en confiscaciones y represalias contra algunas familias aristocráticas. El Senado, las ciudades provinciales, las clases cultas y los propietarios, vieron complacidos la revuelta que contra él iniciaron los Gordianos en Africa. El Senado nombró un consejo de 20 para organizar la defensa frente a Maximino. Por eso, al fracasar la revuelta de Africa, no pudo retroceder y se vio obligado a elegir dos hombres de ese consejo, que ocupasen el trono e hiciesen frente al emperador depuesto. Pupieno era de origen humilde; enérgico, y contaba 74 años. Balbino, hombre de 60 años, era de familia patricia, pacífico, culto y buen administrador. Mientras el primero marchaba contra Maximino con un ejército, éste permaneció en Roma. La muerte en Aquileia de Maximino el Tracio, a manos de sus propios soldados, facilitó enormemente las cosas. Fue un acontecimiento que en Roma se celebró con gran entusiasmo en una delirante alegría colectiva.²¹ El mismo Balbino ofreció hecatombes, y a este momento se supone que corresponde el relieve central de la parte baja del sarcófago, en que aparece sacrificando mientras lo corona una Victoria.²²

Al regreso de Pupieno hubo diferencias entre ellos,²³ hasta que una violenta intervención de la guardia pretoriana acabó con el efímero poder de estos dos emperadores. Se los paseó desnudos por Roma y luego, asesinados, se abandonaron sus cuerpos en la calle.²⁴ Tres meses y unos días tardaron en caer estos dos hombres puestos por el Senado. Pero fue el tiempo suficiente para que se acuñasen monedas y se erigiesen estatuas en Roma, a la par que la oficina de distribución de retratos oficiales se apresuraba a hacer envíos a distintos lugares del imperio. ¿Pero, por qué a Itálica?

Nosotros vemos en el retrato de Itálica las razones de una am-

21. H. A. Max. et Balb. XXI-8-4 *His gestis celebratisque sacris, datis ludis scaenicis ludisque circensibus, gladiatorio etiam munere Maxim[in]us susceptis votis in Capitolio ad bellum contra Maximinum missus est cum exercitu[i] ingenti, praetorianis Romae manentibus.*

22. H. Jucker, *op. cit.*, figs. 8-9.

23. H. A. Max. et Balb. XXI-14-1 *et erant quidem discordiae inter Balbinum et Maximum, sed tacitae et quae intellegentur potius quam viderentur, cum Balbinus Maximum quasi ignobilem contemneret, Maximus Balbinum quasi debilem calcaret.*

24. H. A. Max. et Balb. XXI-14-5 *in hac tamen seditione illis contententibus milites supervenerunt atque ambos eos nudatos vestibus regalibus de Palatio cum iniuris pruduxerunt et per mediam civitatem ad castra raptare voluerunt magna ex parte laniatos. Sed ubi conpererunt Germanos ad defensionem illorum supervenire, ambos occiderunt et in itinere medio relinquerunt.*

plia y bien organizada propaganda política. No olvidemos que, mientras existían evidentes diferencias entre los dos emperadores (*H. A. Max. et Bal.* XXI-14-1), éstos se esforzaban en demostrar al pueblo lo contrario, con acuñaciones alusivas a la PIETAS MUTUA AUGUSTORUM.²⁵ El envío de retratos a distintos lugares del Imperio, durante el breve tiempo de su gobierno, puede obedecer a una campaña política destinada a tranquilizar los ánimos y acallar rumores. En Itálica ésto era importante.

Las excavaciones que hemos hecho durante seis meses en uno de los sectores de la población, han revelado que esta parte de la ciudad fue construida probablemente en el siglo III d. C., siguiendo un programa ordenado y metódico, pero apresurado. Nosotros quisiéramos poner en relación esta *nueva ciudad* más bien con la presencia de soldados de la *Legio VII Gemina*,²⁶ antes que pensar en un donativo de Adriano;²⁷ pero ello nos obligaría a adelantar una gran cantidad de pormenores de la excavación. Nos remitimos en todo caso a la memoria que estamos preparando, y que publicaremos en breve, donde tratamos en extenso sobre la Itálica del siglo III a la luz de los nuevos hallazgos. Llamemos, no obstante, la atención sobre el hecho de que, entre las dedicaciones epigráficas halladas en el área del foro, figuran los nombres de Probo, Carino y Floriano.²⁸ Parece como si en Itálica se siguiesen demasiado de cerca los acontecimientos precipitados del Bajo Imperio. Esto explicaría el rápido envío de un retrato oficial en momentos de gran inseguridad política, motivado por la abundante presencia de soldados, más bien por la existencia de una burguesía agrícola, más o menos acomodada. Para realzar el valor de este retrato, llamemos la atención sobre la escasez de obras del siglo III en la Península Ibérica, donde los únicos que conocemos contemporáneos al nuestro no son de procedencia española.²⁹

25. H. Jucker, *op. cit.*, pág. 513, fig. 17.

26. A. García y Bellido, *Colonia Aelia Augusta Italica*, Madrid, 1960, págs. 22 y ss.

27. A. García y Bellido, *op. cit.*, pág. 74.

28. F. Poulsen, *Sculptures antiques de Musées de Province espagnols*, Copenhague, 1933, pág. 29, no. 2, figs. 33-35; A. Blanco, *Museo del Prado. Catálogo de la escultura*, Madrid, 1957, no. 10 E, lám. II.